

Sesión de apertura del curso académico

celebrada en el Ateneo el 16 de octubre de 1922

Memoria leída por el Secretario de la Junta Directiva
D. AURELIO VICÉN VILA

SEÑORAS Y SEÑORES:

HONRADO con uno de los cargos de Secretario de la Junta Directiva, aprovecho esta primera ocasión de tomar parte en un acto de carácter general, para dirigir atento saludo a los señores invitados y ateneistas, al cumplir con la misión que me ha conferido dicha Junta, de resumir la labor realizada por el Ateneo en el último curso.

Tuvo lugar su apertura el 4 de noviembre, leyendo la memoria reglamentaria el Secretario don Lorenzo Lafuente Varrill; el discurso inaugural, a cargo de don Antonio Ballester Llambías, Ingeniero Jefe del Servicio Agronómico de la Provincia, versó acerca de la «Agricultura menorquina» y, por ausencia del autor, fué leído por el Catedrático de Agricultura don Antonio Mir Llambías.

Clases.—Con antelación a dicho acto, y en el mes de octubre, se abrieron dos clases de francés, dos de inglés y una de alemán, a cargo respectivamente de los profesores don Sebastián Sapiña, don Carlos Moysi y don José Olives; y la de dibujo, copia del yeso, desempeñada por el Presidente de la Sección de Artes Plásticas don Francisco Hernández Sanz.

Como en años anteriores, el número de asistentes a las clases fué disminuyendo a medida que avanzaba el curso, siendo de lamentar la poca constancia de muchos de los matriculados.

Cumpliendo acuerdo de la Junta Directiva, se permitió la asistencia de los alumnos de la Escuela Municipal de Artes y Oficios a la clase de dibujo.

Conferencias.—Además de la inaugural, se dieron las siguientes:

El 19 de diciembre el Dr. D. Aurelio Ferrán disertó acerca de *Los insectos chupadores como vehículo de transmisión de algunas enfermedades infecciosas*.

En 9 de enero, el Catedrático de este Instituto D. Emiliano Castaños dió la primera de sus conferencias acerca de *La vida de algunos insectos desde el punto de vista zoológico y agrícola*; el 3 de febrero, la segunda, tratando de *Los insectos sociales* (térmites y abejas); y el 3 de marzo terminó la serie de conferencias entomológicas con la de *La vida de la filoxera, moscas de la carne y algunos insectos más*.

El 10 de febrero, el Dr. D. Estanislao Carcavilla, Capellán de la Armada, dió otra sobre el *Influjo de la ficción en las potencias anímicas*.

En 13 de marzo, el Sr. Presidente D. Antonio Victory, disertó acerca de *Las cuestiones del Extremo Oriente y del Pacífico y la Conferencia de Washington*.

El 27 del mismo mes, el Comandante Médico de la Armada D. José Vallo Salgado dió una conferencia dedicada especialmente a las señoras, que tituló *Preceptos higiénicos para conservación y mejoramiento de la belleza*.

En 10 de abril, el Comandante de Estado Mayor D. Julio Garrido Ramos disertó sobre el tema *La Sociedad de las Naciones*.

El 12 de mayo, el Bibliotecario D. José Cotrina Ferrer, Comandante de Artillería, desarrolló el tema que constituye la novena de sus misceláneas histórico-menorquinas: *Algunas notas sobre la vida menorquina en los años de la guerra de Africa (1859 y 1860)*.

Y el 30 de mayo, dicho señor dió término a las conferencias, con la lectura de varios artículos de su colección de *Ligeros apuntes locales*.

Literatura y Música.—En 11 de noviembre celebró esta sección un concierto de violín, por la profesional Srita. Cristeta Goñi, acompañada al piano por el maestro Sr. Bellissimo. En 25 de enero y 28 de mayo tuvieron lugar dos veladas musicales, ejecutándose en ellas piezas de canto e instrumentales, por socios de ambos sexos y profesores del Ateneo.

En 9 de diciembre dió esta sección, en el Teatro Principal, una representación de la ópera *Aida*, de Verdi, puesta en escena con elementos de la localidad; y fué tan grande el éxito, que tuvo que repetirse la función el día 12. Contribuyó a ello la simpática novedad de cantar el coro de señoritas *La Canción de la Enfermera*, con letra del ateneísta Rdo. Dr. D. Estanislao Carcavilla. El producto líquido de estas funciones ascendió a mil trescientas pesetas, que se destinaron al aguiñal de los soldados expedicionarios de Menorca que se hallaban en Africa.

Ei Grupo Filarmónico dió durante el curso 16 conciertos instrumentales, de música escogida, dando a conocer obras nuevas de diversos autores y ejecutando las mejores del repertorio clásico. De año en año es mayor el entusiasmo por estas audiciones selectas, entre los afiliados a dicha agrupación artística.

Biblioteca.—Se han adquirido durante el curso 84 volúmenes por compra y 270 por donativos de autores, editorés, ateneístas, entidades diversas y particulares.

Entre los donativos merece especial mención el del Museo Nacional de Ciencias Naturales, obtenido por mediación del Diputado Sr. García Parreño, y consistente en las colecciones completas de la serie Geológica y de las obras publicadas por la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, ascendiendo entre ambas colecciones a 55 volúmenes.

Actualmente constituyen la Biblioteca 8.852 libros y 4.817 folletos, que suman 13.669 volúmenes, además de 176 mapas y planos y varias carpetas de documentos curiosos.

Entre estos han ingresado en el finido curso un autógrafo

de Su Alteza Real la Infanta D.^a Paz de Borbón, y otro, obra póstuma de la Sra. Condesa de Pardo Bazán.

Se han terminado los catálogos parciales de «Diccionarios y Enciclopedias», «Periódicos» y «Misceláneas».

El movimiento de extracción de libros es considerable, por las facilidades que se dan a los Sres. Ateneístas.

Salón de lectura.—Continúa la Junta prestando especial atención a esta importante dependencia del Ateneo, que se ve concurrida a todas horas del día por personas de ambos sexos, ateneístas y familias. Se conserva aproximadamente el mismo número de publicaciones, unas 120, muchas de ellas por cambio con nuestra REVISTA DE MENORCA.

Museo.—Se avaloró durante el curso con un sable de Marina, una porra de combate usada por los moros, una espingaria, tres vasos egeos, un crustáceo, una escolopendra y la colección de minerales remitida por el Instituto Geológico de España, compuesta de 102 ejemplares. Continúa el Museo abierto al público los domingos de 10 a 12 y los jueves de 15 a 17.

Exposiciones y Concursos.—En los últimos días de abril y primeros de mayo se celebró una exposición de pinturas al óleo, estudios e impresiones del natural de los alrededores de Mahón, por D. Rafael G. Catón Carvajal. Fué muy visitada y despertó interés, por cuanto trajo aires de renovación al ambiente artístico de Menorca.

El concurso anunciado en el curso de 1920 a 1921 para premiar la mejor obra sobre cocina y repostería menorquina, quedó desierto, por resultar incompleto el único trabajo que se presentó. A propuesta del Jurado, la Junta Directiva acordó prorrogar el plazo para presentación de obras hasta el 30 de noviembre próximo.

Socios fallecidos.—D. Ramón Ulldemolins, Catedrático del Instituto General y Técnico de esta ciudad, ex-director del mismo y durante largo tiempo Presidente de la Sección de Ciencias Exactas y Naturales de este Ateneo, persona queri-

dísima de cuantos le trataron, culta y amante de la enseñanza, por la que sentía verdadera vocación.

D. Juan Benejam, socio de mérito de esta entidad, ilustre pedagogo, honra de la Escuela Española y autor de numerosas publicaciones.

El Dr. D. Jaime Ferrer y Hernández, socio ausente, fallecido en Sevilla, Catedrático de la Facultad de Ciencias de aquella Universidad.

El Ateneo se asocia al dolor de sus familiares y deplora la pérdida de personas de tanta valía, de las cuales se ha ocupado extensamente la REVISTA DE MENORCA.

Iniciativas del Ateneo.—Por acuerdo de la Junta Directiva se elevó instancia al Sr. Ministro de Marina, que firmaron los Presidentes de diversas entidades de la ciudad, en solicitud de que se destinen buques de guerra a este puerto. Fué contestada favorablemente y se espera sea un hecho lo solicitado, en cuanto lo permitan las circunstancias.

De acuerdo con el Sr. Jefe de Telégrafos se gestionó que se procediera al tendido de los dos nuevos cables entre Mallorca y Menorca y entre Barcelona y esta ciudad, proyectos antiguos, el primero de los cuales ha tenido un rápido y feliz resultado, esperando que también lo tendrá en breve el segundo, ya que está comprendido en el plan de reformas sometido a las Cortes.

La Junta no puede menos de felicitarse de que sea ya un hecho inmediato el dragado del puerto, después de ocho años de gestiones no interrumpidas para la consecución de tan importante e indispensable mejora.

El Ateneo se complace en haber contribuido a conseguir que el Estado subvencione el Observatorio Meteorológico de esta Ciudad, que desde hace más de treinta años viene prestando importantes servicios, bajo la desinteresada y sabia dirección de nuestro consocio don Mauricio Hernández Ponsesí.

Otros asuntos.—En Junta general extraordinaria, celebrada

el 8 de enero, fué nombrado Socio de Honor nuestro distinguido paisano el Dr. don Cosme Parpal Marqués, Catedrático de la Universidad de Barcelona,

El primero de marzo acordó la Junta Directiva dispensar la cuota de entrada a las señoras que deseen adquirir el título de socio, por no tener en sus familias y domicilios persona que lo sea y les de derecho a concurrir a la Sociedad.

Correspondiendo a atenta y expresiva invitación, el 11 de junio asistió nuestro Presidente, en representación del Ateneo, al homenaje que tributó Ciudadela a la memoria de su hijo ilustre don Juan Benejam.

Como delegado de la Unión Ibero-Americana, ha gestionado el señor Presidente el restablecimiento en ésta de las representaciones consulares de Argentina, Uruguay, Paraguay y México, hallándose actualmente en vías de restablecerse la del Paraguay.

Sigue siendo visitado el Ateneo por casi todos los extranjeros y forasteros que vienen a esta Ciudad.

Continúan dispensando su protección a este centro de cultura los Excmos. Ayuntamiento de esta ciudad y Diputación Provincial, habiendo además conseguido, por segunda vez en la vida del Ateneo, una subvención de mil pesetas del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes; y, sin duda alguna, esta subvención otorgada con espíritu de justicia por dicho Ministerio, será repetida y continuada en años sucesivos, como premio a la constante labor cultural desarrollada por este centro durante 17 años, labor ininterrumpida y de efectos tangibles, y caso digno de notarse en nuestra nación, en que es excépcion lo duradero y ave de paso la voluntad.

Que el adelanto cultural que haya podido operarse durante el curso desde la tribuna del Ateneo y desde sus aulas y estrado, y las mejoras materiales que por su gestión ha conseguido Menorca, sean estímulos para que en el año académico que empezamos, haya más alientos, si cabe, para continuar por el camino emprendido.

El elemento plástico en el "Cantar de Mío Cid"

Discurso inaugural por D. ANGEL RUIZ Y PABLO (*)

SEÑORAS:

CABALLEROS

HONRADO por vuestra Junta Directiva para leer el trabajo con que es costumbre inaugurar los cursos de este Ateneo, hubiera querido hablaros de un asunto referente a nuestra querida Menorca, un punto de su historia o un aspecto de sus costumbres o su carácter. Pero tan abrumado me tienen mis quehaceres, que he tenido que renunciar a todo lo que fuera trabajo de investigación o me representara nuevas lecturas, y he apelado al recurso de hablaros de algo que poseo un poco, más aún por amor de enamorado que por virtud de conocimiento: acerca de *El elemento plástico en el Cantar de Mío Cid*.

* * *

Sería ofender vuestra ilustración si viniera yo a daros noticia no sólo de la excelencia de este gran poema épico, honra de nuestra literatura medieval, envidia de extraños y orgullo de españoles, y menos aún si os trazara la biografía del héroe que lo inspiró. Desde hace más de un siglo ha sido objeto preferente de estudio de los más grandes críticos y eruditos españoles y extranjeros en Inglaterra, en Alemania, en Francia, en Italia, en Bélgica, en Holanda, en Escandinavia, en la América inglesa y en la América española, en todo el mundo, y después de los magníficos estudios de Milá y Fontanals y Menéndez y Pelayo, Menéndez Pidal ha dedicado al *Cantar* un trabajo tan acabado, tan erudito, tan hermoso, que dudo

(*) Por ausencia del autor, y por indicación suya, leyó este discurso el ateneísta D. Juan Manent Victori.

que haya ningún otro estudio crítico que le supere en exactitud, minuciosidad, técnica y profundidad en toda nuestra historia literaria. Ese trabajo puede sufrir la comparación sin desventaja con lo más perfecto de la crítica extranjera.

Pero el *Cantar de Mío Cid* es una cantera inagotable, y cada paso que se da en el conocimiento de la historia del héroe y de la historia de su tiempo descubre nuevas riquezas en el gran acervo de ese singular poema. Cada vez queda más probada su antigüedad venerable, puesto que es sin disputa de mediados del siglo XII, es decir en unos cincuenta años posterior a la muerte del Cid; cada nuevo hallazgo prueba mejor su historicidad, de tal modo que apenas hay un par de los personajes que en él se citan—y éstos son de los más insignificantes—cuya existencia no haya sido comprobada; cada nueva investigación filológica viene a poner de manifiesto el extremado e imponderable vigor gráfico del lenguaje. Por esto ha podido decir de él el insigne Menéndez y Pelayo que parece poesía vivida y no cantada y por esto ha hecho pensar a muchos que el poeta vió con sus propios ojos lo que sus versos relatan.

Pero lo que más sorprende en el *Cantar de Mío Cid* es la íntima compenetración del poema con el héroe. En una época en que la leyenda llega a todo y todo lo envuelve en la niebla sutil del misticismo, que da a las acciones de los hombres y a los mismos hombres unas proporciones sobrehumanas; en que se confunde lo histórico con lo fabuloso, ese poema, que narra las hazañas de un gran héroe, es el más humano de los poemas, como a su vez el Cid Ruy Díaz del Vivar es el más humano de los héroes. Aquel gran guerrero y gran político que con sus propias fuerzas y rodeado por todas partes de enemigos conquista un reino, aparece en el poema menos heróico, menos legendario que en la propia y cierta historia. ¿Fué por carencia de vuelo lírico en el poeta, fué por una rara sujeción a la verdad histórica y una honradez artística nunca igualada? No podemos afirmar la causa; pero un poema com-

puesto en una época en que era imposible en un hombre de letras y aún del pueblo desconocer el poema de *Roland* y las *Chansons* francesas del ciclo Carolingio y aun la poesía oriental importada por los árabes, que en algunos cantos demuestra el conocimiento de esa otra poesía caballeresca puesto que la imita en algún sentido, debía dar al elemento maravilloso y sobrehumano una preponderancia que posteriormente hallamos en el otro poema del Cid, llamado de *Rodrigo*, en el cual se basó Guillén de Castro para sus *Mocedades* y en éstas Corneille para su famosa tragedia *El Cid*. Y sin embargo, el poeta del *Cantar* sólo una vez, al narrar la salida del héroe de los límites de Castilla para el destierro dice algo que puede parecer intervención sobrenatural en la vida de Ruy Díaz y no es más que un sueño:

«Y se echava mío Cid después que to de noch;
 un sueño! priso dulce, tan bien se adurmió.
 El ángel Gabriel a él vino en visión:
 «Cavalgad, Cid, el buen Campeador,
 ca nunca en tan buen punto cavalgó varón;
 mientras que visquiéredes bien se fará lo to.»
 Cuando despertó el Cid, la cara se santigó.

Nada aventura el poeta, nada que pueda parecer afirmación de un hecho sobrenatural; narra un sueño y sueño le llama, de lisonjero presagio. Más adelante, en la leyenda del Cid se introducirá lo maravilloso, lo descomunal, lo inverosímil e incluso el milagro; pero el poema primitivo, el *Cantar*, casi coetáneo del héroe, sólo narrará acciones humanas, y las narrará sencillamente, con esa honrada veracidad que constituye uno de los grandes hechizos del poema.

Mas no solamente el poeta prescinde del elemento maravilloso, sino del sobrehumano. Su héroe no vence gigantes ni parte montes de un tajo de su espada ni derrota él sólo a ejércitos innumerables formados de monstruosos guerreros, como en la poesía medieval francesa o en la de los árabes, lo

cual hacía que don Quijote, sin negar que Ruy Díaz del Vivar hubiese sido un buen caballero, afirmase que no podía compararse con los Roldanes y Esplandianes. El héroe del *Cantar* es un hombre: esforzado, valeroso, leal, esposo y padre amantísimo, gran caudillo, lleno de generosidad y de nobilísima ambición, prudente y audaz a la vez, mas en estas cualidades tan excelente, que ha quedado como tipo y dechado de de todas ellas.

Precisamente el *Cantar de Mío Cid* viene en este punto a ser complemento de la historia. Esta, especialmente las *Gesta Roderici Didaci Campidocti*, documento fehaciente de las empresas del Cid, nos dejan entrever el alma intrépida de Ruy Díaz del Vivar, sus ímpetus guerreros, su generosidad, su lealtad, sus grandes dotes de político y guerrero; pero es una simple, concisa y rápida narración de sus campañas y sus más famosos hechos. Deja entrever su audacia, su prudencia, su altiva nobleza; pero no más.

La *Crónica General* de Alfonso el Sabio, basada indudablemente en las crónicas árabes coetáneas y en la tradición viva, levantan un poco más el velo y nos muestran al Cid defensor de los derechos y libertades de su pueblo, singularmente en aquel estupendo acto de la jura de Santa Gadea, donde Ruy Díaz del Vivar alcanza las proporciones gigantescas de encarnación viva de su patria, Castilla; pero el *Cantar* va más adentro: el poeta tiene la virtud de abrir aquel pecho esforzado y mostrarnos de par en par su corazón, el corazón del hombre, que llora al despedirse de su mujer en una despedida que recuerda y emula la de Héctor y Andrómaca en el poema homérico; que ríe y goza con sus fieles amigos; que usa con ellos del alto elogio o del sarcasmo y la ironía; que se levanta como un león a defender sus derechos y su honra atropellada, en aquella magna corte que por él convoca el rey de Castilla; que es galán con su esposa como el más enamorado caballero y sabe ostentar en sus fiestas la magnificencia de un príncipe.

Pero el poeta que ha sabido mostrarnos el corazón de Ruy Díaz del Vivar, no nos ha descrito su semblante, no nos ha dejado marcados con los vigorosos trazos que en el poema abundan—y los cuales van a formar el nervio y asunto de esta conferencia—la figura del héroe. No es una falta del poeta; los de su tiempo y aun de tiempos muy posteriores al suyo, no solían hacer retratos y aun sería mucho pedir exigirles descripciones de paisajes. El *Cantar de Mio Cid* es puramente narrativo; pero tiene un poder tal de evocación, posee tal vigor plástico el ignorado poeta, que si no pinta al Cid, nos presenta una serie de cuadros soberbios y de actitudes de tal plasticidad que, leyendo y estudiando el *Cantar*, un buen dibujante podría fijar sin esfuerzo en el papel la imagen evocada con tan vigoroso relieve, sin poner de su parte más que los simples trazos.

* * *

La primera vigorosísima pincelada que hallamos en el *Cantar de Mio Cid* está contenida en un solo verso, de feliz expresión, casi al principiar el poema. El héroe acaba de abandonar sus palacios del Vivar y emprende con su sobrino Alvar Fañez y sus sesenta leales el camino del destierro. Al volver la cabeza para dar el último adiós a la casa paterna, las lágrimas han acudido a sus ojos, y el poeta advierte que a la salida de Bivar las cornejas volaron a la derecha y al entrar en Burgos volaron a la izquierda. El presagio era siniestro. El Cid, como los hombres de su tiempo—y muchos de ahora—era supersticioso y no lo era menos el poeta. Está comprobado por la historia que el héroe castellano *cataba* el volar de las aves y el conde de Barcelona Berenguer Ramón de esto le acusó, según las *Gesta*, antes de la batalla de Tévar. Pero el Cid no se dejaba arredrar por los augurios, tenía más fe en sí mismo que en ellos, y así dice el poema en un verso perfecto en su forma y con un brío y un vigor plástico insuperables:

A la exida de Bivar ovieron la corneja diestra
e entrando a Burgos oviéronla siniestra.

Meció mio Cid los hombros y engrameó la tiesta:

«¡Albricias, Alvar Fáñez, ca echados somos de tierra,
mas a grand ondra volveremos a Castiella!»

¿Quién no ve en ese insuperable «Meció mio Cid los hombros y engrameó la tiesta» mover materialmente los hombros y engallar la cabeza al héroe en una actitud de desdén y menosprecio del siniestro augurio, confirmada después por sus palabras? No es posible describir más concisa ni más vigorosamente todo un estado de ánimo y un ademán, ni en él ni por él pintar mejor a un hombre.

Pocos versos después, cuando el héroe pasa por la ciudad de Burgos, donde todo el mundo, *burgeses e burgesas*, le ven pasar sin atreverse a darle posada por no caer bajo las iras del rey y

De las sus bocas todos dizían una razón:

«¡Dios, que buen vassallo si oviese buen señor!»

y donde halla cerrada hasta la puerta de su posada misma, viendo que nadie contesta a las voces que dan los de su mesnada, se adelanta el Cid a caballo y con el pie sacado del estribo llama a la puerta. Véase cuán vigorosos son los trazos y cómo se ve materialmente la escena:

«Aguijó mio Cid; a la puerta se llegava,
sacó el pie del estribera, una feridal dava;
non se abre la puerta ca era bien cerrada.

Acampado el héroe en la glera o arenal del río, urde con Martín Antolínez el conocido ardid de las arcas enchidas de arena, y toda la escena, especialmente la entrevista de Martín Antolínez con los judíos Raquel y Vidas, tiene un poder de evocación de primer orden; pero donde el vigor plástico del poeta se manifiesta soberanamente es en el momento en que

los codiciosos judíos cargan en sus caballerías las dos arcas que ellos creen repletas de oro y alhajas. No sólo se pinta su gozo por la operación hecha, sino el esfuerzo que tuvieron que hacer para levantarlas hasta los lomos de sus caballos:

«Al cargar de las arcas veriedes gozo tanto:
non las podien poner en sono magüer eran esforzados.»

Y luego, tras la partida de los judíos y el regreso de Martín Antolínez, viene una de las evocaciones plásticas más hermosas y aun sublimes del poema. Todo el pasaje está lleno de vida y honda emoción:

«Estas palabras dichas, la tienda es cogida.
Mio Cid e sus campañas, cavalgan tan aína.
La cara del cavallo tornó a Santa María,
alzó su mano diestra, la cara se santigua:
«A ti lo gradesco, Dios, que cielo e tierra guías;
válanme tus virtudes, gloriosa Santa María!
D'aquí quito Castiella, pues que el rey he en ira;
non sé si entraré y más en todos los míos días.
Vuestra virtud me vala, Gloriosa, en mi exida
e me ayude e me acorra de noche e de día!

La escena es solemne. Va mediada la noche, puesto que unos pocos versos más adelante dice hermosamente el poeta que al llegar a Cardeña

Apriosa cantan los gallos e quieren crebar albores;
en la obscuridad, tal vez a la débil claridad de las estrellas, se destacan los muros de la ciudad castellana y en el silencio se prolonga el cadencioso alerta del centinela. La mole de la catedral domina la negra silueta de la ciudad dormida y hacia ella se vuelve el noble desterrado:

La cara del cavallo tornó a Santa María;
alzó su mano diestra, la cara se santigua:

Con estos dos solos versos de gran vigor plástico, el poeta ha evocado toda la escena de la partida y todo el paisaje. El cuadro es soberbio y lleno de emoción. Es la despedida de la patria de un gran caballero y el mejor ciudadano de Castilla, rodeado de sus parientes y amigos, aquellos «sesenta pendones» que han de seguirle en el camino de sus victorias, pero cuyo futuro es incierto y cuyo presente mismo está preñado de peligros y amenazas.

Pero la emoción sube de punto y se aumenta el gran relieve plástico de la escena al prorrumpir el héroe en esa tierna, delicada, hermosa invocación a Santa María, plegaria no superada por ningún poeta de aquellos siglos, hermosa en su extrema sencillez, en su armonía y en una gracia indecible que halla su punto culminante en aquel «Gloriosa», intercalado en el penúltimo de los versos:

Vuestra virtud me vala, Gloriosa, en mi exida
e me ayude e me acorra de noch e de día!

Hay que tener en cuenta que la lengua castellana estaba todavía en pañales y que este poema constituye el primero de sus balbuceos literarios hasta ahora conocidos, para apreciar debidamente la sabrosa belleza de ese pasaje, su vigor plástico y sobre todo su fluidez, su gracia y su ternura.

Y aquí viene como de molde decir dos palabras acerca de lo que yo llamo elemento plástico del singular poema. Debería llamarlo más bien elemento evocativo, porque el poeta no describe; narra, relata, simplemente, pero es tal el poder de evocación de sus versos que la imagen se revela con vigorosa plasticidad. No importa que los medios sean escasos y rudimentarios si el trazo es vigoroso, y a la postre, en arte, lo de menos es la abundancia de los recursos y lo minucioso de los pormenores mientras las pinceladas realicen el propósito del artista.

En el *Cantar de Mío Cid* los medios no pueden ser más escasos ni más rudimentarios: una lengua en embrión, un

arte primitivo, cuyos primores son resultado de la fuerza poética, no debidos a la cuidadosa elección de frases y palabras, sino a la pura inspiración, a la verdad artística sencillamente presentada.

Y de estas evocaciones está cuajado el *Cantar*. Llegó el Cid a San Pedro a la hora del alba

(«Apriessa cantan los gallos e quieren crebar albores»)

y después de una breve entrevista con el abad, a la luz de las «lumbres y candelas» con que han bajado a recibirle, se presentan ante el Cid su esposa Doña Jimena y sus dos hijas llevadas en brazos de sendas dueñas:

Ant el Campeador doña Ximena fincó los inojos amos,
llorava de los ojos, quísol besar las manos.

Y viene después uno de esos soberbios toques plásticos:

Enclinó las manos la barba vellida,
a las sues fixas en braços las prendía,
llególas al coraçon ca mucho las quería.»

¿Quién no ve un cuadro trazado tan vigorosamente? ¿Quién no se representa a la claridad oscilante de las *lumbres* y *candelas* a los monjes rodeando la tierna escena, a la esposa desolada, las dueñas llevando a las niñas y sobre todo al héroe, «la barba vellida», «la barba grant», tomándolas en sus brazos poderosos y estrechándolas contra su pecho? Gran parte de esa fuerza plástica se debe al bellissimo verso

«Enclinó las manos la barba vellida».

En el solo «inclinación de las manos» para tomar a sus hijas de los brazos de las dueñas, se adivina la prócer estatura del héroe y en el epíteto épico de «la barba vellida» que se da al Cid, se describe su magestuosa presencia.

Y a este cuadro sigue otro de no inferior belleza: la escena

de la despedida, que con razón han comparado ilustres críticos a la de Héctor y Andrómaca. Celebrada la misa matinal, durante la cual doña Ximena, echada sobre las gradas del altar, ruega al Criador «quanto ella mejor sabe» que libre al Cid de todo mal, salen todos a la puerta del monasterio y a la incierta claridad del romper del día se despide el héroe de su mujer y sus hijas:

El Cid a doña Ximena ívala abraçar;
doña Ximena al Cid la manol va besar,
llorando de los ojos, que non sabe que se far.
E él a las niñas tornólas a catar

y dice estas hermosas palabras, preñadas de amor y también de honda pena:

«A Dios vos acomiendo e al Padre spirital,
agora nos partimos, Dios sabe el ajuntar »

Llorando se separan con tanto dolor «como la -uña de la carne».

Cabalgan, y Mio Cid parte el primero; mas
a todos esperando, la cabeça tornando va.

* * *

En el largo relato de la batalla de Alcocer, la primera de las ganadas en campo abierto por el Cid apenas salido de los límites de Castilla, no abundan ciertamente esos vivos toques de color ni esos vigorosos trazos. Esa descripción, no obstante, tiene otros valores artísticos no inferiores al vigor plástico, como la hermosa alocución de Alvar Fáñez en la especie de consejo de capitanes celebrado antes de entrar en combate y el impetuoso arranque de Per Vermudoz al ir a meter el estandarte del Cid en el mayor haz de los moros, con lo cual pinta de mano maestra el carácter—uno de los más hermosos del

poema—del esforzado sobrino del Campeador. No falta, sin embargo, alguna vigorosa pincelada como la que describe el ruido de los tambores morunos:

«Ante roido de atamores la tierra querié quebrar»

y aquella formidable carga dada por las trescientas lanzas mandadas por el Cid, para libertar al impetuoso y arrebatado caballero:

Enbraçan los escudos delant los coraçones,
abaxan las lanzas abueltas de los pendones,
enclinaron las caras de suso de los arzones,
ívanlos ferir de fuertes coraçones.

A grandes voces llama el que en buen hora nació:

«¡Feridlos, cavalleros, por amor del Criador!
¡Yo so Ruy Diaz, el Cid de Bivar Campeador!»

Este grito de guerra, lleno de altivez y confianza presta al pasaje una singular emoción; mas no entra en el objeto especial de nuestro estudio.

Más bien el vigor plástico o evocativo se demuestra después de la batalla, cuando al regresar los compañeros del Cid que perseguían a los moros, pinta al gran caudillo contemplando la llegada de los vencedores, sin duda desde un otero:

«Ándava mío Cid sobre so buen cavallo,
la cofia froncida ¡Dios, commo es bien barbado!
almófar a cuestas, la espada en la mano.
Vio los sos comos van allegando.»

¿Qué pincelada falta a ese cuadro para ser perfecto? ¿No es más aún que una pintura, una estatua, con todo su relieve y su movimiento? Si a un escultor cualquiera se le encargase un monumento para perpetuar al Cid ¿no le bastaría acaso con leer esos cuatro versos?

No haremos especial mención del pasaje en que narra el poeta el breve cautiverio del conde de Barcelona Berenguer Ramón el Fratricida, en poder del Cid, después de la batalla de Tévar, ni su liberación, puesto que aun siendo uno de los episodios más movidos e interesantes del *Cantar*, no nos presenta pincelada alguna cuya fuerza plástica esté por encima de lo corriente, a no ser los versos en que pinta al Conde de Barcelona saliendo libre del campamento por la generosidad del héroe y no dando aún crédito a su propia ventura:

Aguijava el conde e penssava de andar,
tornando va la cabeça e catandos atrás;
miedo iva aviendo que mio Cid se repintrá,

* * *

En la larga lucha entre las lealtades del héroe y los resquemores del rey, quien no perdonó jamás de veras al Cid la jura en Santa Gadea, consta históricamente que el héroe, después de su segunda o tercera reconciliación con el rey, fué acusado de alta traición por sus enemigos en la corte, y el monarca siempre propicio a dar crédito a «los malos mestureros» cuando de Ruy Díaz se trataba, le confiscó los bienes y puso en prisiones a Doña Jimena, sus hijas y sus criados. En vano reclamó el héroe y envió mensajes al rey ofreciendo probar su inocencia y refutando a sus envidiosos. El monarca no quiso escuchar los alegatos del Cid; y lo único a que accedió fué a libertar a sus familiares. También en el poema, aunque por diverso modo, aparece Doña Jimena mantenida, sino en prisión, en rehenes, en San Pedro de Cardaña y el monarca la permite salir del monasterio para reunirse con su esposo al recibir la embajada que le envía el caudillo una vez conquistada Valencia.

Todo este episodio es interesantísimo; el Cid quiere que las prendas queridas de su corazón salgan de Castilla y vayan a Valencia «a grand ondra» y quiere recibirlas como quien es

él y como quienes son ellas. La embajada, el viaje, la llegada están cuajados de bellezas poéticas; pero sobre todo resalta el grande amor del Cid por su mujer, un casto amor conyugal tan hondo que en él se realiza el feliz ayuntamiento del ideal con lo real, tan propio del carácter de Ruy Díaz del Bivar, el cual juntaba al espíritu de un héroe legendario, el alma de un sagaz político, de un caudillo cuidadoso de la prosa de la vida y de un hombre de gran consejo a quien le fueron encomendados difíciles arbitrajes.

El viaje de doña Jimena es digno de la esposa del nuevo señor de Valencia y de su propia prosapia, pues era prima carnal del rey. Componen su comitiva los cien caballeros que el Cid ha enviado con la embajada de Alvar Fáñez y a éstos se añaden sesenta y cinco que de Castilla quieren acompañarla para ofrecer vasallaje al Cid. Mas éste no se contenta con tal escolta y en cuanto recibe aviso de la partida de su esposa envía a sus mejores capitanes, con otros cien caballeros, con encargo de que salgan al encuentro de Alvar Fáñez, y al pasar por Molina le digan de su parte al señor de allá, el moro Abengalvón, gran amigo del héroe, que les acompañe con otros cien. El, el Cid, se queda en Valencia, como prudente caudillo:

E yo fincaré en Valencia que mucho costádom ha;
grand locura sería si la desemparás;

En cuanto a Abengalvón,

cientos pidieron, más él con doscientos va.

Mas al llegar la comitiva a tres leguas de Valencia, recibe de ello aviso el Cid y entonces exulta de gozo. No contento con que su esposa lleve una escolta de unos quinientos guerreros, manda que salgan a recibirla doscientos caballeros más, mientras él se prepara a salir a su encuentro y manda que le ensillen a Baviaca, poco antes ganado al rey moro de Sevilla. Y mientras el obispo y el clero salen con «sobrepe-
llicas vestidas e con cruces de plata»,

El que en buen hora nasco non lo detardava:
vistiós el sobregonel; luenga trahe la barba;
ensiéllanle a Bavioca, cuberturas le echavan,
mío Cid salió sobrél e armas de fuste tomava.

El Cid, vestido a lo galán, con armas ligeras, con sobregonel de seda y el caballo cubierto con ricos paramentos, sale a recibir a su amada; mas no así como así. Es su dama, la elegida de su corazón y el héroe en honor suyo quiere mostrar su bizarría. Se adelanta a todos en impetuosa carrera, y tal la da, que su caballo desde aquel día adquirió fama en toda España. La carrera termina a los pies de la esposa amada; marido y mujer se abrazan y el Cid le dice tiernamente:

Vos, doña Ximena, querida mugier e ondrada,
e amas mis fijas, mio corazón e mi alma,
entrad conmigo en Valencia la casa,
en esta heredad que vos yo he ganada.»

Hasta ahora, en todo este episodio, se ha mostrado parcamente el elemento plástico. La narración ha absorbido al poeta de tal modo que apenas le ha sugerido la escena una que otra frase evocadora.

Pero muy pronto acudirán a su pluma admirables versos en que el vigor plástico se muestra en forma distinta de la descripción, en que el alma heroica del Cid se abrirá de par en par y en que la poesía épica castellana habrá llegado al pináculo de su grandeza.

Ya al llegar a Valencia doña Jimena y sus hijas, las hace subir el Cid a la torre más alta del alcázar para que vean su heredad:

Adeliñó mio Cid con ellas al alcácer,
allá las subíe en el más alto lugar.
Ojos vellidos catan a todas partes,
miran Valencia commo yace la cibdad,

e del otra parte a ojo han el mar,
 miran la huerta, espessa es e grand;
 alçan las manos pora Dios rogar,
 desta ganancia cómmo es buena e grand.

Mas otro día, pasado el invierno, «que el março quería entrar», llega frente a Valencia el rey de Marruecos con «cinquenta veces mill de armas», y plantan sus tiendas a la vista de la ciudad. Al saberlo el Cid exclama:

¡Grado al Criador e al Padre spirital!
 Todo el bien que yo he, todo lo tengo delant:
 con afán gané a Valencia e ela por heredad,
 a menos de muort no la puodo dexar;
 grado al Criador e a Santa María madre
 mis fijas e mi mugier que las tengo acá.
 Venídom es delicio de tierras d' allent mar,
 entraré en las armas, non lo podré dexar;
 mis fijas e mi mugier veerme an lidiar.

Es decir, el Cid no es el hombre sanguinario que ama la guerra por la guerra y se goza en la matanza; pero cuando es necesario considera que la lucha es un «delicio». No es jactancioso, pero no teme a la muerte. Seguro de sí mismo, afronta los peligros y llama a su mujer y sus hijas para que vean el campamento adversario. La escena es soberbia, el diálogo realmente insuperable por su épico vigor y su extrema sencillez; el temor de doña Jimena y la serena confianza del caudillo no pueden ser mejor descritos:

Su mujer e sus fijas subiólas al alcácer,
 alçavan los ojos, tiendas vieron fincar:
 —¿Qué es esto, Cid, así el Criador vos salve!
 —Ya mugier ondrada, non ayades pesar!
 Riqueza es que nos acrece maravillosa e grand:
 a poco que viniestes, presend vos quieren dar:
 por casar son vuestras fijas, adúzenvos axuvar.

No es una jactancia; es una galantería: «A poco de vuestra llegada, quieren haceros un presente. Como vuestras hijas son casaderas, os traen el ajuar de la boda». Y la dama, no bien sosegada por esta fina galantería, responde:

—¡A vos grado, Cid, e al Padre spirital!

Y entonces el gran caballero, el fino amante, el mejor galán que dama alguna haya tenido, le dice aquellas hermosísimas frases:

—Mugier, seed en este palacio, en el alcácer;
non ayades pavor por que me veades lidiar,
con la merced de Dios e de santa María Madre,
crécem el coraçon porque estades delant.»

No dijera cosa tan bella ningún enamorado Amadís ni aun el mismo ideal caballero nuestro señor Don Quijote. «¡Créceme el corazón porque estáis vos presente!», qué hermosa frase en vísperas de una batalla para dicha a una dama por su caballero, pero ¡qué más alto y más hermoso pensamiento cuando la dama es la propia mujer y el galán ya no es un mozo! Este acendrado y constante amor conyugal del Cid por doña Jimena constituye uno de los aspectos más interesantes y simpáticos del *Cantar*.

Sigue a ello la narración de la batalla y volvemos a apreciar el extremado vigor plástico del poeta-juglar cuando una vez vencido y perseguido el ejército almorávide, mientras Alvar Fáñez queda en el campo para recoger el botín, regresa el Cid a Valencia. El esforzado caudillo entra a caballo, seguido de cien caballeros, descubierta la cabeza:

Fronzida trahe la cara, que era desarmado,
así entró sobre Bavioca, el espada en la mano.
Recibienlo las dueñas que lo están esperando;
mio Cid fincó antellas, tovo la rienda al cavallo:
«A vos me omillo, dueñas, grant prez vos he gañado:
vos teniendo Valencia, e yo vencí el campo

Veedes el espada sangrienta e sudiento el cavallo:
 con tal cum esto se vencen moros del campo.
 Rogad al Criador que vos viva algunt año.
 entraredes en prez, e besarán vuestras manos.»

El vigor plástico de esta escena no decae, sino que va en progresión ascendente. Se ve al héroe descubierto, resplandeciente el rostro por el esfuerzo de la pelea y el placer sin igual de la victoria, sobre su caballo cubierto de sudor y espuma, y desnuda la sangrienta espada en la poderosa diestra; pero aun no ha terminado la visión plástica del poeta ni el arretrato épico. Las mujeres, su esposa, sus hijas y sus damas, al verle así, glorioso y vencedor, por un impulso irresistible de la mujer ante la fuerza, la audacia y la gloria del hombre, se arrojan a sus plantas:

Esto dixo mio Cid, diciendo del cavallo.
 Quandol vieron de pie, que era descavalgado,
 las dueñas e las fijas, e la mugier que vale algo,
 delant el Campeador los inojos fincaron.

* * *

Imposible me sería en un trabajo escrito al correr de la pluma y no destinado a la publicidad,—puesto que otro acerca del Cid y de este poema se lleva la primacía—comentar todas las bellezas, todas las muestras del poder evocador plástico del poeta del *Cantar*. Sería para mí tarea ardua y os ocasionaría a vosotros el natural cansancio. Pero sí he de recordar aquel hermoso drama de la afrenta de Corpes, en que los Infantes de Carrión abandonaron en la selva, rodeada de fieras, a las hijas del Cid después de haberlas azotado villanamente, y aquellas homéricas cortes de Toledo en que el Cid pide justicia y venganza contra sus yernos. No hay en toda nuestra gloriosa poesía un poema en donde la grandeza épica alcance alturas tan sublimes. Al leer aquellos versos una suerte de

tristeza nos invade al pensar que nuestros esfuerzos, nuestros adelantos en la expresión, nuestros artificios, nuestros primores de lenguaje, nuestro arte de la gradación y la descripción no pueden luchar sin desventaja con la ruda sencillez de esa poesía primitiva, con la robustez de ese juglar desconocido que al cabo de ocho siglos nos suspende a cada paso con bellezas de primer orden, así en la expresión de los afectos como en la plasticidad de las situaciones, demostrándose una vez más que el arte no es el artificio, sino la verdad; que no está en la complicación, sino en la sencillez; que la belleza es tanto más bella cuanto más desnuda, como la verdad.

Sin embargo, este poema, quizá por esta misma sencillez primitiva, por su amor a la verdad, por su falta de lirismo, mereció poca atención en nuestra patria durante los siglos en que el clasicismo dominante en la literatura europea invadió también las letras españolas, y hubo de ser el romanticismo, en su afecto por la Edad Media, el que lo desenterrara. Un escocés, Southey, ilustre hispanófilo, fué el primero que habló de nuestro poema con verdadero entusiasmo. En 1808 decía que era «decididamente y sobre toda comparación el más hermoso poema escrito en lengua castellana» y en 1813 añadía: «los españoles no conocen aún el alto valor que como poema tiene la historia métrica del Cid, y mientras no desechen el falso gusto que les impide percibirlo, jamás producirán nada grande en las más elevadas esferas del arte: bien puede decirse sin temor que de todos los poemas que se han compuesto después de la Iliada, el del Cid es el más homérico en su espíritu, si bien el lenguaje de la Península era en aquella época rudo e informe.» Otro escocés, Hallam, y el norteamericano Ticknor convienen en manifestar que desde la ruina de la civilización griega y romana hasta la aparición de la *Divina Comedia* ningún país produjo un trozo de poesía más original en sus formas y más lleno de naturalidad, energía y colorido.

Pero nadie comprendió, o mejor dicho, nadie supo penetrar tan adentro en la significación de nuestro poema como el ale-

mán Fernando Wolff. Según éste, la belleza del *Cantar de Mio Cid* no es un producto abstracto y reflexivo, sino que consiste en una reproducción inconsciente de la realidad, por esto mismo más veraz, más sorprendente. Fitz Maurice Kelly dice que la obra del desconocido juglar es «grande en virtud de su simplicidad, de su fuerza, de su rapidez y de su arrebatado». El delicado y profundo Ozanam, hablando de la despedida del Cid y doña Jimena en el monasterio de Cardeña, la cual he recordado antes, dice: «Se reconoce el acento de la despedida de Héctor y Andrómaca, con la majestad cristiana en más, y en menos aquella gracia y brillantez que son el secreto de la musa griega. En el poema del Cid, como en las epopeyas homéricas, llegamos al fondo primitivo de toda poesía.»

Sobre estos testimonios, aducidos por Menéndez Pidal en el notabilísimo estudio a que antes me he referido, descuella el del «crítico de más delicado gusto que España ha tenido», Menéndez y Pelayo: «Lo que constituye el mayor encanto del Poema del Cid y de canciones tales es que parecen poesía viva y no cantada, producto de una misteriosa fuerza que se confunde con la naturaleza y cuyo secreto hemos perdido los hombres cultos.»

Pero todavía tiene el poema una cualidad altísima y una originalidad no superada en cuanto que, inspirado en la vida del guerrero más famoso de España, cuyas empresas no han sido superadas por ningún caudillo militar—comparando y compulsando recursos con recursos y fuerzas con fuerzas—el *Cantar de Mio Cid* es menos legendario que la historia misma; es el más humano y podríamos decir el más «civil» de los poemas épicos y se complace más en pintar al Cid como hombre leal con su rey ingrato, amante de su mujer y de sus hijas, generoso con sus enemigos y con sus amigos, cuidadoso y sagaz caudillo, que como un lidiador sin segundo, como un guerrero arrebatado y vehemente, y en el poema aparece sí, como un gran capitán, pero en los lances perso-

nales, en el valor y el ímpetu individual, quizá a menos altura que sus propios capitanes Alvar Fáñez, Martín Antolínez o Per Vermudoz.

El poeta o el juglar del poema de Mío Cid tuvo el arte supremo de presentar a su héroe como realmente fué: el hombre más representativo, no ya de Castilla, sino de España. En efecto, el Cid de la historia, como el Cid del poema, se nos aparecen adornados de todas las grandes virtudes de su pueblo: amante de su familia, fiel hasta el sacrificio, generoso y leal, pero de una especial manera muy española, es decir, con cierta magnanimidad que no excluye la altivez ni con su propio rey ni con el conde de Barcelona, vencido por él. Por esto Fernando Wolf veía en el Poema, la primera y fundamental obra de la literatura española en cuanto es expresión del carácter nacional; así Menéndez y Pelayo consideraba unidas en el Poema las cualidades artísticas con las representativas de la raza, y así Prescott observa que del mismo modo que alguien cree que los poemas de Homero fueron el principal lazo de unión entre los pueblos griegos, no cabe dudar que un poema como el del Cid, que apareció muy a principios del siglo XII y que representaba a la imaginación los más interesantes recuerdos nacionales en relación con su héroe favorito, debió obrar de una manera poderosa sobre la sensibilidad moral del pueblo.

Por fin, Federico Schlegel decía: «España, con el histórico poema de su Cid tiene una ventaja peculiar sobre otras muchas naciones; es éste el género de poesía que influye más inmediata y eficazmente en el sentimiento nacional y en el carácter de un pueblo. Un solo recuerdo como el del Cid es de más valor para una nación que toda una biblioteca llena de obras literarias hijas únicamente del ingenio y sin un contenido nacional.»

No extrañéis, pues, señores, que en esta triste época de nacionalismos y desagregaciones, en que se conspira contra la unidad de España, invocando particularidades históricas y soñadas diferenciaciones étnicas, y basándose en diferencias de carácter y costumbres y sobre todo en diferencias de idiomas que aunque no idénticos son hermanos, evoque yo esa generosa y gran figura que en el siglo XI supo encarnar todo el carácter de una raza, que es única aunque con distintas modalidades, como son hijos de un mismo tronco los hermanos, por más que en carácter y en costumbres y aun en fisonomía sean desemejantes. Yo no encuentro en toda nuestra historia, aun siguiendo esa historia región por región, un hombre que mejor represente a España que Ruy Díaz del Vivar; pero también he de añadir que el amor por ese héroe no es completo ni la comprensión de su personalidad llega a lo más profundo sin haber estudiado verso por verso y palabra por palabra el *Cantar de Mío Cid*, porque, como he dicho ya, la historia nos muestra al caudillo, al guerrero, al gran ciudadano, al sagaz político, al caballero leal y sin tacha; pero el Cantar nos abre aquel pecho esforzado y nos muestra de par en par abierto el corazón del hombre.

Y a los hombres los admiramos por su saber o por su valor y hasta por su esfuerzo, pero los amamos solamente por su corazón.



Resumen

por el Vicepresidente del Ateneo D. JAIME FERRER ALEDO
en la sesión de apertura de curso

SEÑORAS, SEÑORES:

Es la primera vez, desde que se inauguró este Centro de cultura, que notamos la falta de nuestro dignísimo Presidente. Vivamente emocionado, vino a suplicarme que ocupara su puesto en este solemne acto que estamos ce

lebrando, por tener que pasar a Barcelona, en donde accidentalmente se halla su señora esposa, atacada de cruel enfermedad.

Es de lamentar que haya sido éste el motivo de su ausencia, como es de desear que, al llegar a su destino, encuentre a la enferma fuera de cuidado.

Después de lo aquí expuesto y, sobre todo, de la lectura del precioso trabajo, debido a la pluma de nuestro buen amigo y notable literato don Angel Ruiz Pablo, añadir una sola palabra, sería casi pretender desvirtuar el efecto que en todos ha debido producir oración tan acabada. No es éste el ánimo de la presidencia y, por lo tanto, me concretaré en declarar que queda, desde este momento, abierto el curso de 1922 a 1923.

He dicho.

Bibliografía

El final de una leyenda. — Novela por Angel Ruiz Pablo. — N.º 22 de la Biblioteca Emporium.—Editor: Gustavo Gili. —Barcelona.

Un fútil motivo, olvidado pero no perdonado, fué sosteniendo durante varias generaciones la enemistad irremediable entre las familias de los Prados y los Montañas, de las más esclarecidas de Villañeja.

La tenacidad de la menor de los Montañas asiéndose a la casualidad que enlazó con amor invencible los corazones de dos vástagos de las linajudas estirpes, da solución al viejo conflicto, no sin que junto al triunfo del travieso dios se alce el sublime sacrificio de la gentil Magdalena Montaña, que entierra en el claustro toda su alegría, toda su vivacidad y todo su juvenil ingenio.

Esta es, en cuatro palabras esbozada, la idea que D. Angel Ruiz Pablo ha desarrollado en su última producción, titulada

El final de una leyenda, obra que, al poner al desnudo con acierto y oportunidad vicios y atavismos sociales que deben condenarse, no merece del lector otra consideración que la del elogio por el justo tono que ha sabido dar el novelista a las situaciones y a los personajes y por la propiedad con que describe parajes y actos del ambiente local, que nos ofrecen muy marcadas reminiscencias de otros vistos y realizados en la tierra menorquina.

De los personajes de la novela, destaca *Magdalena Montaña*, con acierto tal, que el lector queda impresionado por el encanto de figura tan relevante. En los demás personajes, el señor Ruiz Pablo se muestra ajustado a la realidad, no faltando, sin embargo, el tipo caricaturesco del tío Segismundo que, con el zumbón de D. Tomás, esmalta la novela en ocasiones de notas cómicas muy oportunas.

Después de *La metamorfosis de un erudito*, evocada en la novela que nos ocupa, ésta mantiene el prestigio literario del autor, que tan bien cimentado quedó al publicarse la primera. Nosotros le felicitamos y felicitamos a Menorca, por ser el señor Ruiz Pablo hijo de esta tierra y esperamos seguir deleitándonos con las producciones del escritor menorquín, tan ventajosamente conocido en la República de las letras como en los campos nunca bastante explorados de la Historia.

Y al expresar en las expuestas frases nuestro sentir, le agradecemos se haya acordado del Ateneo de Mahón, haciéndole merced de un ejemplar de la que es, por ahora, su última obra.

José Cotrina.

* * *

Flora Balearica. — Étude phytogéographique sur les Iles Baléares par Herman Knoche. — 1922.

El autor de esta hermosa obra ha tenido la atención de obsequiar al Ateneo con el segundo tomo de la misma. Esta revista dió oportunamente nota bibliográfica del primer tomo, expuesto, según decíamos, de una manera original y perfecta,

como trabajo de Geografía botánica, no obstante las objeciones que hayan podido hacer quienes están interesados en restar mérito al que sólo merece alabanzas.

Termina en este segundo tomo el estudio de la distribución geográfica de los vegetales de estas islas, con una riqueza extraordinaria de croquis, en los cuales se hace un cargo de los puntos en donde residen interesantes especies que dibujan los sitios de análogas condiciones de vida, siendo muy instructiva para el aficionado a esta clase de estudios la comparación de los croquis de una isla con otra.

Podemos estar satisfechos, pues, de poseer una obra completa de la flora baleárica, que servirá de continua consulta a todos los que nos interesamos por estos agradables estudios, y felicitamos una vez más a su autor, por haberla dado término; quedándole reconocidísimos por su obsequio.

E. Castaños.

* * *

Estudio de Hacienda pública por José de J. Zarranz y Sanchez, Doctor en Derecho público.—La Habana, Cuba, Diciembre, 1921.—Volumen en cuarto.—Imprenta «El Sol». —1922.

Precedido de un Prólogo de D. Rafael Montero y de un juicio crítico del Dr. F. Cabrera Justis, profesor de Derecho público de la Universidad Nacional Cubana, el Dr. Zarranz desarrolla en treinta y seis capítulos un *Estudio de Hacienda Pública* que puede considerarse como completo y apropiado para fines docentes. Como dice el prologuista, esta obra ha de prestar gran servicio a los estudiantes y a los lectores en general, lo que se comprende fácilmente, observando que el autor ha condensado en su trabajo los textos más usuales en las cátedras y de mejor concepto entre los dedicados a esta disciplina.

Lo verdaderamente peculiar del tratadista es el estilo; un estilo conciso, terminante, de precisión tal que en sus párrafos

siempre breves, no podría limarse nada. Así no es de extraña que a la apreciación del lector las explicaciones del Dr. Zarranz aparezcan como la sucesión de una serie de principios y definiciones en los que de una manera clara, fácilmente asimilable se establecen los conceptos capitales de la actividad financiera y económica, a saber los gastos, el presupuesto, los ingresos y los impuestos, dando a las teorías tal generalidad que en su enumeración figuran aparte de las formas de tributación cubanas, las italianas, alemanas y austriacas sobre la renta. Pasa revista a los impuestos indirectos y hace un examen de los monopolios sin excluir el de la Lotería en el que, por extensión del concepto, sin duda, engloba el juego, patrimonio actual del Principado de Mónaco, señalando a Italia, España, Austria y varios estados alemanes como sostenedores de esta fuente de públicos ingresos en la que «las apuestas no están en razón directa de las respectivas probabilidades, lo cual hace que sea un juego inmoral», sintetizando las ideas de los hacendistas sobre tal monopolio al afirmar que «más que las ventajas económicas de la tolerancia y disciplina legislativa, deben tenerse en cuenta las financieras, derivadas de la imposición de ganancias realizadas en establecimientos de juegos autorizados». Sigue el examen de la materia con los impuestos de recaudación mediata y los de recaudación inmediata y termina la obra con las nociones capitales sobre la Deuda pública.

Como puede observarse, se trata de una obra-guía para el profesor y para el alumno que en un plan de cultura general es más que suficiente para ilustrar a las personas aficionadas al estudio.

Justo es que lo sentemos así para elogio del trabajo realizado por el autor, cuya utilidad es innegable.

Y damos también las gracias a la Secretaría de Estado de la República de Cuba (Negociado de asuntos generales y canje internacional) que ha distinguido a nuestro Ateneo con el envío de un ejemplar de la obra de referencia.

José Cotrina.

Observatorio meteorológico de Mabón. = Latitud geográfica 39° 53' - Longitud al E. de Madrid 7° 57' - Altitud, en metros, 43

Resumen correspondiente al mes de septiembre de 1922

Décadas	BARÓMETRO, EN mm y a 0°										TERMÓMETROS CENTÍGRADOS								PSICRÓMETRO	
	Altura media	Oscilación media	Altura máxima	Fecha	Altura mínima	Fecha	Oscilación extrema	Temperatura media	Oscilación media	Temperatura máxima	Fecha	Temperatura mínima	Fecha	Temperatura extrema	Temperatura media	Oscilación	Humedad rel. media	Tensión media en milímetros		
1. ^a	757.3	0.6	760.4	7	753.6	2	6.8	20.3	5.8	25.2	2	15.0	4	10.2	59					
2. ^a	760.1	2.2	766.2	20	750.6	13	15.6	20.3	7.4	27.4	20	14.6	17	12.8	59					
3. ^a	756.4	1.5	765.4	21	748.4	28	17.0	21.2	6.4	28.4	21	14.2	29	14.2	72					
Mes	757.9	1.4	766.2	20	748.4	28	17.8	20.6	6.5	28.4	21	14.2	29	14.2	63					

Décadas	ANEMÓMETRO										DIAS DE						Evaporación media en milímetros										
	DIRECCIÓN DEL VIENTO		FUERZA APROXIMADA				DIAS DE				Despejados		Nubosos		Cubiertos		Luvia	Niebla	Rocío	Escarcha	Nieve	Granizo	Tempestad	Luvia total, en milímetros	Luvia máxima en un día		
		FRECUENCIA DE LOS VIENTOS		Calma		Brisa		Viento		Viento fuerte																	
N.	NB.	E.	SE.	S.	SO.	O.	NO.																				
3	3	1	1	2	1	2	10	2	2	1	1	8	1	1	3	4	4	2	2	2	2	2	2	15.7	3.7	3.1	
3	3	1	1	1	1	1	8	1	1	1	7	1	1	1	3	2	1	2	2	2	2	2	14.2	3.1	3.1		
3	3	4	4	3	3	3	6	2	2	2	4	3	3	3	4	2	3	2	2	2	2	2	45.8	2.0	2.0		
9	4	6	1	3	3	3	124	2	3	3	6	19	5	5	8	8	4	4	4	4	4	4	75.7	28.0	2.9		

Mauricio Hernández Ponseti.